

cado, cuando las corporaciones y particulares se apresuraron á obsequiar el deseo del soberano. El consulado franqueó trescientos mil duros; otros trescientos mil la minería; ciento veinte mil los diputados del consulado de Cádiz; el conde de Regla doscientos mil; ochenta mil el Ayuntamiento de Méjico; cincuenta mil el de Veracruz; ochenta mil el arzobispado y cabildo eclesiástico de Méjico, y varias sumas otras corporaciones, haciendo las diversas cantidades presentadas voluntariamente en unos cuantos dias, un millon doscientos noventa y nueve mil duros.

Como los temores de una guerra con la Gran Bretaña no habian desaparecido, el 29 de Junio llegaron al puerto de Veracruz el navío de guerra español *San Julian* y cuatro mercantes, conduciendo el primero al regimiento de Asturias con muchos pasajeros, y los segundos con azogues y pliegos de España. Poco tiempo despues, el 2 de Agosto, salió de la ciudad de Méjico el caballero Don Teodoro de Croix, para comandante general de Tierradentro en la Sonora. Habia llegado á la Nueva España el 22 de Diciembre del año anterior, nombrado para ese objeto, y se esperaban excelentes resultados de sus conocimientos militares.

1778. La vida del comercio y el buen estado de la hacienda pública se dejaban ver en los envios de crecidas sumas pertenecientes á los comerciantes y á la corona, que se hacian por las flotas que salian de Veracruz. La que salió el 16 de Enero de 1778, al mando del jefe de la escuadra D. Antonio de Ulloa, no menos célebre por su viaje en el Perú que por su informe secreto sobre

el estado de aquel país, llevó en plata y efectos veintidos millones y medio de duros.

Para aumentar la vida de los círculos mercantiles, se dió mas amplitud á la concesion del comercio libre de España con sus colonias de América, y quedó formado su reglamento en 12 de Octubre de 1778. Con esta sabia disposicion, la agricultura, la industria y el comercio cobraron mayor impulso en los pueblos del Nuevo Mundo y de la Península.

El virey, velando por el bien de los que se dedicaban al comercio, y mirando como un robo el contrabando, encargó al capitan de la Acordada, Aristimuño, que saliese prontamente y con mucho sigilo de Méjico y se dirigiese al rio de Tampico, donde tenia noticia de que habia varios buques en que se hacia el tráfico clandestino. El activo Aristimuño, obrando con prontitud y sagacidad, logró, con efecto, sorprender en Pánuco á los capitanes de siete buques dedicados al contrabando, y los condujo presos á Méjico, así como al alcalde de aquel pueblo que les favorecia. Con las acertadas medidas del gobernante Bucareli, la hacienda pública alcanzó mejoras positivas, y todo marchaba en escala progresiva. Hasta la naturaleza parecia empeñada en favorecer los generosos sentimientos del gobernante, y á la vez que los campos brindaban abundantes cosechas al labrador, las sierras y las montañas presentaban ricas minas de codiciados metales. En Junio de 1778 se descubrió en la fértil provincia de Guadalupe el mineral de Hostotipaquillo, que ofrecia

1779. inagotables cantidades de plata; y al año siguiente llamó la atencion el mineral de «Catorce», que

recibió este nombre por hallarse en un sitio que habia servido de madriguera á catorce malhechores. La mina de Valenciana, que habia estado emborrascada por varios años, empezó á florecer de nuevo, y todos los minerales, en fin, parecian rivalizar en abundancia de oro y plata.

No descuidó el virey, en medio de sus muchas ocupaciones, el importante asunto de descubrir nuevos países. Con ese motivo envió varias expediciones marítimas por diversos rumbos, dirigiéndose una de ellas á explorar las costas del mar del Sur. En esas atrevidas expediciones científicas, acompañaron á los entendidos marinos españoles varios marinos mejicanos, y «bajo la enseña española, que era la suya», como dice con mucha propiedad el escritor mejicano D. Manuel Rivera, «llegaron á lejanas latitudes, rivalizando con los ingleses y franceses».

Cuando el digno virey proyectaba nuevas mejoras para el hermoso país que gobernaba, falleció de pleuresía, á las nueve de la mañana del 9 de Abril de 1779, causando su muerte una pena profunda en todas las clases de la sociedad. Se le conocia con el nombre de padre del pueblo, y el periodo de su gobierno fué de verdadera felicidad y de adelanto para la Nueva España. Su cuerpo, despues de embalsamado, estuvo expuesto en palacio hasta el dia 13 del mismo mes. Sus funerales se celebraron con regia pompa en San Francisco, donde se depositó hasta la noche, llevándole en seguida á la colegiata de Guadalupe, sitio en que fué enterrado, como habia dejado dispuesto en su testamento. Uno de los albaceas fué el honrado y rico D. Joaquin Dongo, cuyo nombre se ha perpetuado en

Méjico por el trágico fin que él y toda su familia tuvieron, pereciendo asesinados en su propia casa.

Muerto el virey Bucareli, entró la Audiencia á gobernar, desempeñando las funciones de capitán general Don Francisco Roma y Rosell, que fué el primero que obtuvo la regencia formada poco tiempo hacia, y que tomó posesion el 16 de Marzo de 1778, en el real acuerdo de palacio, en presencia del virey y oidores. Antes de haberse hecho la Audiencia cargo del mando, habia procedido á abrir la cédula llamada pliego de mortaja, que pocos dias antes se habia recibido de España. En ese pliego se nombraba por sucesor interino en el vireinato, en caso de muerte del gobernante, al «presidente de Guatemala». Sin pérdida de momento envió la Audiencia un expreso al individuo que ejercia aquel elevado cargo, dándole aviso de su nombramiento. La rapidez con que caminó el correo, que era andaluz y se llamaba Varo, es asombrosa, pues anduvo las cuatrocientas leguas de distancia que hay de Méjico á Guatemala, en siete dias, teniendo que marchar por malos y escabrosos caminos.

Poco despues de haberse hecho cargo del gobierno la Audiencia, entró en posesion de la mitra de Monterey Fray Antonio de Jesús Sacedon, primer obispo electo de aquella diócesis. A la ereccion de ese obispado, que fué agradable para los habitantes de la Nueva España, se siguió una noticia que puso en grave cuidado á la Audiencia. Esa noticia fué la de haberse declarado la guerra entre Inglaterra y España. El motivo para ella lo expondré en breves palabras. Las colonias inglesas de Norte América, hoy Estados Unidos, se habian independido de la

Gran Bretaña. La Francia, gobernada por Luis XVI, que habia sucedido á su abuelo Luis XV y que seguia su mismo sistema de rivalidad contra Inglaterra, se apresuró á reconocer en 1778 la independencia de los Estados Unidos, á la cual habia contribuido auxiliando eficazmente, aunque por medios indirectos, al triunfo de los norteamericanos. Carlos III habia permanecido neutral hasta entonces; pero se decidió á tomar parte en la contienda, considerando que convenia á sus intereses alejar el poder de la Gran Bretaña de sus posesiones de América. Con esta mira ofreció su mediacion á las naciones beligerantes, presentando medios de avenimiento que Inglaterra juzgó inadmisibles, pues estaba muy lejos de consentir en perder lo que habia poseido. En las contestaciones que mediaron entre la corte de Madrid y la de Lóndres, creyó la primera encontrar algunas palabras ofensivas á su dignidad de parte de la segunda, y le declaró la guerra en 16 de Junio de 1779. Rotas las relaciones entre las dos potencias, Carlos III comunicó inmediatamente á los gobernantes de sus colonias el suceso, encargándoles la vigilancia y la defensa de los puertos. En Méjico publicó solemnemente la Audiencia, el 12 de Agosto de 1779, la guerra contra la Gran Bretaña.

Cuadragésimo- El 23 de Agosto, once dias despues de esa
séptimo virey declaracion, llegó á la capital de la Nueva
D. Martin de España D. Martin de Mayorga, presidente de
Mayorga. Guatemala, para empuñar las riendas del gobierno, segun
lo dispuesto en el pliego de mortaja. Su nombramiento
de virey interino fué debido á la casualidad y de nin-
guna manera al deseo del que habia influido en que se

enviase la providencia sin poner el nombre individual de ninguno. El visitador D. José de Galvez, que se habia distinguido, como dejo referido, por su actividad, su rectitud y sus acertadas disposiciones, regresó á España terminada su visita. Poco tiempo despues de haber vuelto á la Península, donde el monarca le manifestó lo muy complacido que estaba de sus servicios, obtuvo el ministerio universal de Indias, por muerte del bailío D. Julian de Arriaga, en 1776. Queriendo entonces favorecer á su hermano, á quien habia conferido ya la presidencia de Guatemala, con el vireinato de Méjico en la primera vacante que aconteciera por fallecimiento del que gobernase ó por cualquiera otro motivo, pero de una manera que no llamase la atencion, nombró en el pliego de mortaja por sucesor de Bucareli al presidente de Guatemala. Pero su deseo no se realizó, pues la muerte del virey acaeció antes de que D. Matías de Galvez se presentase en Guatemala, y el nombramiento recayó en D. Martin de Mayorga que lo era. Cuando el antiguo visitador vió contrariado su deseo, sintió un disgusto profundo, y se manifestó siempre contrario á las disposiciones del que habia obtenido el vireinato.

La primera atencion del virey interino al tomar posesion del poder, fué dictar medidas para la defensa del puerto de Veracruz, y ponerlo en estado de poder rechazar los ataques de la escuadra inglesa en caso de que se presentase. Cuando se ocupaba en ese asunto importante para la seguridad de sus gobernados, recibió el 22 de Noviembre de 1779, la triste nueva de haberse apoderado la armada inglesa, el 20 de Octubre, del castillo de

Omóa, en Guatemala. La guarnicion, compuesta en su mayor parte de negros, se descuidó, despues de haber rechazado el dia anterior á los contrarios, y la fortaleza fué tomada. Tres buques mercantes españoles que habia en el puerto, y que tenian á bordo mas de tres millones de duros, pertenecientes á comerciantes de Guatemala, cayeron en poder de los ingleses. Alcanzado el objeto y temiendo ser atacados por D. Matías de Galvez, que habia tomado ya posesion de la presidencia de Guatemala, abandonaron la plaza, dejando desmanteladas las fortificaciones, y se alejaron contentos del rico botin alcanzado. Poco, sin embargo, les duró su placer, pues combatidos por una horrorosa borrasca, vieron ir á pique el navío *Leviatan*, en donde llevaban el tesoro cogido.

A la afficcion que causó al virey la toma del fuerte de Omóa, se agregó de repente otra que afectó hondamente su sensible corazon. Una horrible epidemia de viruelas se presentó haciendo estragos en todas las poblaciones, cebándose especialmente en la clase indígena. Entonces se empezó el uso de la inoculacion, ó la vacuna, nuevo y feliz descubrimiento que ha salvado á la humanidad de uno de sus mas terribles enemigos. El virey destinó una sala en el hospital de San Hipólito para que se inoculasen los que voluntariamente quisiesen; pero la gente juzgaba que inocularse en los momentos de la epidemia era atraerse el mal, y por lo mismo, muy pocas fueron las personas que acudieron al remedio. La enfermedad, por lo mismo, no encontrando nada que combatiera su fuerza, continuaba causando víctimas. El número de personas atacadas por las viruelas en la capital solamente,

ascendia en aquellos momentos á cuarenta y cuatro mil doscientos ochenta y seis. A procurar el remedio de los desdichados enfermos de la clase pobre, acudieron con paternal amor el virey, el clero, el Ayuntamiento y muchos particulares ricos. Entre esos hombres filántropos que con sus auxilios salvaban de la muerte á millares de infelices, resaltaba la noble figura del virtuoso arzobispo Nuñez de Haro. Lleno de caridad apostólica, puso cuatrocientas camas para enfermos en la casa que perteneció al noviciado de los jesuitas (San Andrés), y desde ese momento pensó establecer en aquel edificio un hospital general que mantuvo con parte de sus propias rentas y con gruesas limosnas.

En medio de la afficcion que sentia el virey Mayorga al ver los padecimientos de la humanidad y de los cuidados que le causaba el temor de que se presentase al frente de Veracruz alguna escuadra inglesa, recibió una noticia consoladora, que neutralizó en parte sus penas. La toma del fuerte de Omóa, en Guatemala, se vió compensada bien pronto por otros sucesos favorables á las armas españolas. D. Roberto Rivas, gobernador de Yucatan, atacó el establecimiento que los ingleses tenian en Wallis, donde se habian fijado para el corte de maderas, logró hacer prisioneros á todos sus habitantes, se apoderó de varias embarcaciones pequeñas y quemó cuarenta establecimientos que tenian formados en la bahía de Honduras, cuyo daño ascenderia á cerca de seiscientos mil duros.

A las ventajas conseguidas por el gobernador de Yucatan sobre los ingleses en sus establecimientos de la bahía

de Honduras, se siguieron otras aun de mayor importancia. Se habia estado disponiendo la campaña de la Florida, para despojar á la Gran Bretaña de la parte que ocupaba en ella. Reconocida por el Gobierno español la independencia de los Estados Unidos, cuya emancipacion de Inglaterra habia favorecido indirectamente, D. Bernardo de Galvez, gobernador de la Luisiana, abrió la campaña, y poniéndose al frente de dos mil hombres invadió la Florida occidental. Las guarniciones inglesas se prepararon á la defensa, y muy especialmente la de Panzacola, que era la plaza principal. El jefe español Galvez subió el Mississipi, puso sitio á una fortaleza situada á la embocadura del Ibebil, y despues de nueve dias de cerco se apoderó de ella el 7 de Setiembre de 1779, haciendo prisionera á su guarnicion que se componia de quinientos hombres. Conseguido este triunfo, siguió su marcha rio arriba hasta Natchez, logrando tomar todos los fuertes y establecimientos que tenian los ingleses al Oeste de la provincia, y pasando á un país ameno que contaba con mas de cuatrocientas leguas de extension. Habiendo entrado la estacion del invierno, formó cuarteles, y esperó allí la primavera, con objeto de continuar la campaña, poniéndose de acuerdo con el gobernador de la Habana sobre el plan de apoderarse de Panzacola.

Mientras las tropas españolas esperaban la época á propósito para proseguir la expedicion, el virey Mayorga, queriendo examinar por sí mismo el estado que guardaban las plazas marítimas de la Nueva España respecto á defensa, marchó el 2 de Julio de 1780 á Veracruz, para reconocer las fortalezas construidas. Su visita fué de bas-

tante utilidad, pues mandó levantar importantes fortificaciones y quitar otras que juzgó del todo inútiles. Como los temores de que se presentase una escuadra inglesa eran vehementes, el gobernador de la plaza le pidió que reuniese en el puerto el número mayor de fuerzas que pudiese; pero Mayorga, conociendo lo mortífero del clima, tomó la providencia de acantonarlas en Orizaba, Encero y Jalapa, puntos sanos y próximos todos á Veracruz. El virey trataba de suplir con sus buenas providencias la falta de soldados que tenia. Toda la fuerza de línea con que contaba, se hallaba reducida á tres regimientos de infantería: Asturias, Granada y la Corona, y dos de dragones de Méjico y España. Pero ni aun estos cuerpos estaban en toda su fuerza, pues habia tenido que enviar á Manila, el 25 de Febrero, setecientos hombres.

Pero no solamente se ocupaba el empeñoso gobernante de poner en estado de defensa las ciudades marítimas de la Nueva España, sino que se esforzaba en enviar abundantes recursos á la Habana para contribuir por su parte á los gastos de las fuerzas que se disponian para despojar de la Florida á la Gran Bretaña. Tambien envió, en diversas partidas, mas de medio millon de duros á Don Matías de Galvez, padre del gobernador de la Luisiana, que habia llegado ya á tomar posesion de la presidencia de Guatemala, habiendo sido la primera cantidad de doscientos mil duros. Convenia tener bien defendido aquel territorio para impedir que los ingleses hiciesen otro desembarco, y Galvez, con los recursos enviados de Méjico, tomó disposiciones acertadas para rechazar toda invasion.